

EL
CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 30 DE AGOSTO DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2: MADRID.

COSAS DEL DÍA.

—¿Qué número le sacado Vd.?
—¿Cuántos mozos tiene que dar tu distrito?
—¿Eres de los asociados?
Hé aquí las preguntas que se vienen escuchando casi exclusivamente de algunos días á esta parte, y como contestacion á las mismas estas ó semejantes frases.
—He sacado el número 1. Si se hubiera tratado de una rifa, no me habria acercado en cien leguas al premio gordo.
—Soy soldado; pero casi me alegro por no ser miliciano.
—Hombre de Dios, yo no entro en quintas. ¿Qué servicio de trinchera podria igualarse al que yo ejecuto para sostener á once hijos? ¿Qué batalla más terrible que las que sostengo diariamente con mi suegra?
—No he podido librarme, porque tenia todas mis economías en papel del Estado.
—Yo soy casado canónicamente; pero no me sirve. ¡Cosas de España, amigo mio! La ley que obliga á mantener á los hijos naturales, me impide mantener á los míos, que tienen la sancion del Sacramento...
Y como si no bastasen estas conversaciones, se encierra uno en su casa, y escucha á los grupos de mozos que pasan por la calle cantando:

Ya sabes que he caido quinto
y que no tengo mil reales...
en cambio comen en Fornos
los señores radicales.
O bien esta otra copla:
Si un sello de guerra exige
lo que se compre ó se venda,
muchos se irán de este mundo
con sellos en las conciencias.
Y cuando el alegre grupo de mozos deja oír sus voces y los sonidos de la handurria en lontananza, no es raro oír la siguiente última copla:
No temo que mi morena
me haga traicion ó me olvide,
sino que un bruto la emplume
y que otro á mi me fusile.

LAS CORRIENTES DE LA VIDA.

NOVELA ESCRITA

por

Geodoro Guerrero, Antonio Hurtado, Ramon de Navarrete, Pilar Sinués de Marco, Luis Vidart, Manuel Juan Diana, Francisco Perez Echevarria, Francisco Luis de Retes, Ricardo Sepúlveda, Angela Grassi, Manuel Ossorio y Bernard y Carlos Frontaura.

Sr. D. Carlos Frontaura.

Querido amigo: Me ha dado Vd. un rato de mil demonios con su carta, encaminada á preguntarme cómo se ha de gobernar Vd. para escribir el último capítulo de *Las corrientes de la vida*, cuya novela no ha leído á pesar de venir hace un año dándose tono con que es uno de sus autores. Si, señor, me ha dado usted un mal rato, no con los piropos que en ella me echa, que esos á todos nos gustan, y más cuando son inmerecidos como en esta ocasion, sino con su pregunta, porque ha de saber Vd. que si Vd. no ha leído la novela, yo tampoco, y si Vd. no tiene valor para leerla, tampoco yo le tengo. La razon que probablemente habrá tenido Vd. y tendrá para abstenerse de tal lectura, esa es la que yo he tenido y tengo, que es, además de la falta de tiempo, la consideracion de que la novela tiene que ser en conjunto rematadamente mala, por mucho talento que tengan sus once autores, pues creo que cuando juntos escriben ó gobiernan muchos, no escribe ni gobierna bien ninguno. Ciertamente que son alhajas de mucho precio los once autores. A Angela, á Pilar, á Guerrero, á Hurtado, á Sepúlveda y á Ossorio los conozco y los quiero personal y literariamente más que la madre que los parió; y á los demás, desde que tengo uso de razon ó desde que nacieron á la vida literaria, los he seguido mental y amorosamente por donde quiera que han ido, diciendo para mí: «¡Canario, qué chicos tan guapos! Quisiera encontrarme con ellos en las corrientes de la vida para plantarles un abrazo como un sol.»

Los amigos del gobierno calculan que la presente quinta producirá unos trescientos millones al Erario y sesenta mil hombres al ejército.

Calculando sobre estas cifras, se comprende lo que seria España si esos 60.000 hombres utilizasen 300.000.000 en cultivos agrícolas y explotaciones mineras ó fabriles. Esto, francamente, es bien poco alegre; pero los señores carlistas se han empeñado en arruinar y destruir á su patria y lo van consiguiendo. Ultimamente han fusilado á cerca de doscientos prisioneros indefensos; han tomado por traicion una plaza; han cortado varios puentes y despeñado algunos trenes. Todo esto sin perjuicio de darse golpes de pecho y de confesar y comulgar con mucha frecuencia.

Confieso á ustedes que la guerra civil me tiene muy inquieto, pues al paso que marchan los acontecimientos, es muy posible que D. Carlos almuerce dentro de poco *beafsteak* de liberal con patatas, coma lenguas de oradores progresistas y acompañe todas sus comidas con un cortadillo de sangre republicana. Esto, sin contar con que los periódicos servirán para encender los hornillos de la Inquisicion y los libros para suplir al carbon de piedra en las chimeneas y estufas.

Al hablar de guerra, creo que no es inoportuno hablar de paz, y si las dimensiones de EL CASCABEL lo permitieran habia de insertar íntegro el artículo que un ilustrado coronel ha publicado en un diario de Valladolid.

Paz, Paz, Paz: hé aquí su título, síntesis exacta de la general aspiracion.

«Busquen, dice el autor, una fórmula razonable y admisible para todos de hacer la paz, proclamando un gobierno fuerte, estable y moral, pues el carlismo debe convencerse de que no le es posible ejercer el mando; al ejército le conviene mucho hacer la paz, en esas condiciones, porque si ahora ha representado un papel digno, no solo pueden ser estériles sus esfuerzos por una plumada, sino que si vuelve á emplearse en los pronunciamientos, veinte victorias brillantes no componen el deshonor de un inmundido motin.

Pero á quien conviene en extremo la paz, es á la nacion, pues caminamos con vertiginosa rapidez á una ruina segura con nuestras insensatas discordias civiles, cuando en cambio las restantes naciones de Eu-

Y no olvidé Vd., socarron, que esto del abrazo lo decia yo de algunos de los colaboradores, y no de las colaboradoras, que si ambas tienen títulos muy grandes á mi fraternal cariño una de ellas, Angela, me habia olvidado, mucho antes de conocer á la otra, á hacer á Dios esta pregunta: «Señor, ¿cómo te las compones para colocar en un mismo cuerpo el candoroso corazon de un ángel y la pensadora cabeza de un filósofo?» Y Dios me habia contestado, señalándome una tímida y modesta adolescente, toda inteligencia, toda pensamiento y toda corazon: «Obras son amores y no buenas razones.»

Repito que los once autores son alhajas de mucho precio, aunque no creo incurrir en juicios temerarios si supongo que no le han llevado á Vd. ni un perro chico por *Las corrientes de la vida*, teniendo en cuenta los tiempos que corren para la industria editorial; pero tambien repito que novela escrita por once ingenios no debe valer en conjunto ni los once perros susodichos.

Y no se ponga Vd. más ancho de lo que se ha puesto desde que se casó porque tiraba á tísico, suponiendo que aplaudo á los editores que viven de gorra y á los escritores que lo consienten. ¡Aplaudir semejante picardía yo, que en cada letra que escribo hoy veo un garbanzo que comeré mañana! ¡Un trancazo á editores y escritores que tal hacen!

Cuidado que tiene gracia eso de venirme un editor de un periódico con que piensa pagar los artículos en cuanto el periódico cubra gastos!

—Y diga Vd., tío lagarto, le pregunto, y á mi criada ¿le darán gratis los garbanzos en la tienda mientras no cubra gastos el periódico de Vd.?

—Hombre, es natural que no.
—Pues tan natural, ó más, es que yo no le dé á usted gratis el fruto de mi corazon y mi inteligencia, que, por poco que valga, me ha costado más que al tintero los garbanzos.

Lo dicho, dicho; el que se meta á especulaciones editoriales, que pague á tocateja á los escritores cuando estos no se andan en bromas, como anduvieron los autores de *Las corrientes de la vida*; y si no puede, ó no quiere, que escriba él; y si no sabe escribir, que vaya á arrancar cebollinas.

ropa adelantan de un modo rápido y seguro en el camino del engrandecimiento moral y material y del verdadero progreso.

No pensemos en los males pasados, pues todavía tenemos muchos recursos; pero procuremos que tengan fin dichos males, pues sino no podremos tener ferro-carriles, puertos, agricultura, comercio, industria, etc., etc.»

No le falta razon al autor cuando censura la exagerada centralizacion de España, como una de las causas de sus desdichas presentes, pero exagera sus ataques á Madrid, que no tiene la culpa de que las provincias arrojen sobre él á todos cuantos tienen títulos más ó menos justos para abrigar ambiciones.

«¿Qué seria de Madrid, sigue diciendo, si todas las personas de posicion, valer y ciencia de las Provincias se uniesen en pró de sus verdaderos intereses?»

¿Quién ha de obligar á hacer la paz, sino esas mismas personas?

Sacudan todas ellas la gran apatía é inercia que las domina y hagan lo humano posible por desenvolver pronto y muy pronto la paz á nuestra desventurada patria, y en lugar de proclamar el ataque á la propiedad y de poner un fusil en manos de sus conciudadanos, prediquen la adquisicion honrosa de esa misma propiedad, y repartan arados y libros á ese pueblo tan falto de riqueza y de instruccion.

Paz, paz y paz, es pues lo único que debemos desear para la prosperidad de nuestra querida patria.

Si fuera posible suspender durante cinco años toda agitacion política é idea belicosa; si se declarase una profunda aversion á la empleomanía, y si despreciásemos á tanto parásito y avaro que vive sobre los demás, nos encontraríamos muy ricos al cabo de ese corto período de tiempo, la moralidad, la tranquilidad de ideas y la actividad en el trabajo, constituyen el verdadero progreso de España; toda la juventud obligada hoy día á empuñar las armas en uno y otro bando, hace muchísima falta para tantísimos trabajos reproductivos como se hallan forzosamente paralizados; y con los inmensos capitales que absorbe la guerra, podríamos construir puertos, ferro-carriles é impulsar la agricultura, industria, comercio, etc., etc.»

El tema de la paz trae á mi memoria un sermón predicado durante la pasada guerra. Un cura de misa y olla lo habia elegido para su discurso, y á fin de buscar un gran efecto, encomendó á un muchachuelo que no se apartase del púlpito, y que cuando le preguntase qué era lo que queria, contestase ¡*Paz, paz!*

Desarrolló nuestro predicador su tema, y cuando el auditorio estaba más conmovido, queriendo demostrar lo generalizado del deseo de la paz, se dirigió al

Pero el caso es que con cosas que no vienen al caso le entretengo á Vd., y todavía no le he dado el consejo que me pide. Por de pronto, le diré á Vd. que yo no leo, aunque me fusilen, la novela en cuestion, por las razones que ya he expuesto, y porque me falta tiempo hoy para ganar los garbanzos de mañana. En cuanto al medio decente de que quede Vd. bien con el público sin necesidad de escribir el último capítulo de la novela, que no ha leído ni quiere leer, y hace muy rebeben en ello, el único que encuentro consiste en que Vd. plante en EL CASCABEL la siguiente

«ADVERTENCIA IMPORTANTÍSIMA.

»El Sr. Frontaura se ve, con mucho sentimiento suyo, en la imposibilidad absoluta de concluir la interesantísima novela de dos ingenias y nueve ingenios titulada *Las corrientes de la vida*, porque, obrando en poder de las colaboradoras y cola oradores todos los datos y antecedentes de la obra, le es imposible recogerlos, por haber sido incluidas en la reserva y salido á comerse vivos á los carlistas todas aquellas señoras y señores, desde Angela Grassi y Pilar Sinués, que son terribles, hasta Ricardo Sepúlveda, que es un manso cordero, como lo prueba el que está pensando en calsarse.»

Yo, querido Carlos, no encuentro más medio que éste de sacar á Vd. del atolladero en que se encuentra. Dirá Vd. que concluir la novela con una mentira le repugna. Tambien á mí me repugna la mentira; pero, aunque lo fuera esto,

Una mentira más, ¿qué importa al mundo?
Una chiquita que yo tengo me suele preguntar cuando lee alguna novela de las que yo le permito leer (que no son todas):

—¿Es verdad esto, papá?
Y le contesto si lo que lee es posible:
—¡Pues no lo ha de ser, hija mia!

Yo estoy firmemente persuadido de que todo lo posible es verdad, y por consiguiente lo es que hasta las colaboradoras de *Las corrientes de la vida* han sido incluidas en la reserva.

Sea ó nó mentira lo que á Vd. le propongo, no lo es el cariño que, por la gracia de su ingenio y la bondad de su corazon, profesa á Vd.—TRUFA.

(Se continuará.)

muchacho, preguntándole: Niño, ¿qué es lo que tú quieres? Este, que estaba cansado del sermón, contestó por lo bajo: *Pasteles*, y el orador que no escuchó la respuesta, en el entusiasmo de su improvisación, siguió diciendo: «Pues eso es lo que quieren todos los españoles; ese es el más vehemente deseo del Sr. Obispo; ese el sueño de las monjas; eso lo que nos desvela, lo que nos anima, lo que nos encanta; eso es lo único que puede hacer comprensibles en la tierra las dichas del cielo.»

Terrible competencia va á tener que arrostrar dentro de poco la española sociedad de Conciertos. La orquesta de damas vienesas, que ha recorrido las principales capitales europeas, se atreve á venir á Madrid. Se compone de 22 muchachas, de 14 á 23 años, y todas bonitas, un director de tribu (por decirlo así), un maestro compositor, un médico, un tesorero y un secretario. Además las sigue un verdadero ejército de enamorados que va diariamente en aumento. Es una orquesta á la que se escucha con los ojos y se acompaña con el deseo; cuando alguna profesora ejecuta ó cree ejecutar un solo, es seguro que va acompañada de suspiros la pieza musical.

En fin, parece que no puede verse á Rudolfiná ó á Eugenia Cysterin, á Carlota Kuebelsberg ó á María Brée, sin que el hombre más refractario á los encantos musicales no diga epigramáticamente:

—Deliro por la música.

El legítimo zaragozano Castillo acaba de formular un pronóstico tranquilizador para el mes de Setiembre: será tormentoso, habrá grandes vientos, grandes frios y grandes lluvias.

Lo digo para que vayan ustedes armándose de paraguas.

LA CABEZA PARLANTE.

Acaba de publicarse un folleto que viene á servir de honesto entretenimiento en esta época en que todos, preocupados de los males presentes y de las desgracias futuras, estamos un poco alicaídos y un mucho mal humorados.

Titúlase este folleto *Castelar ante la frenología*, escrito por el Sr. D. R. Castels, persona peritísima en la materia, como lo demostró ya haciendo el peliagudo exámen de la cabecita de D. Amadeo, el inmerecido rey que nos trajo el Sr. Ruiz Zorrilla, y si decimos que también le hizo marchar, creemos que no será levantar al grande hombre de Tablada ningún falso testimonio.

En el nuevo folleto, el Sr. Castels recuerda que ya dijo acertadamente que la cabeza de aquel pollo no era de primer orden; bien que eso ya lo demostró con su acostumbrada sinceridad el mismísimo D. Amadeo, pues si hubiera sido de primer orden su cabeza, ¿cómo diablos había de haber hecho caso de los que le fueron á ofrecer la corona? Hubiérale dicho en muy buenos términos que con él no se divertía ningún chato; y en habiendo visto á Ruiz Zorrilla, se habría caído de espaldas, sin volver en sí hasta que la radicalería hubiese tornado á España.

Dice el Sr. Castels que la cabeza de aquel rey no era lo que se llama una cabeza bien equilibrada. Pues mire Vd., sin ser yo frenólogo (porque teniendo que sacar muchos garbanzos de la mia al cabo del año no puedo dedicarme á ver lo que tienen dentro las de los demás), diré á Vd., Sr. de Castels, que aunque no es de primer orden la cabeza del Sr. D. Amadeo, algo mejor equilibrada está que las de los que le trajeron; y mucho me holgaría yo de que Vd., que tiene por lo visto afición y tiempo, se dedicase á examinar y analizar las cabezas de los personajes que nos han metido en este lío, y por Dios que hallaría Vd. cosas famosas, fenómenos que no ha podido Vd. soñar jamás; protuberancias, abismos y todo género de horrores, que habrían de hacerle á Vd. odiosa la trascendental y laberíntica ciencia frenológica, amen de formar mejor juicio de la cabeza de D. Amadeo, que despues de todo es un buen muchacho, incapaz de hacer daño á una mosca, y dió pruebas de discreto, aunque también de debilidad, volviéndose á su patria.

Y vamos ya al nuevo folleto sobre *La cabeza parlante*, que con propiedad podemos llamar así á la del hombre que más ha charlado en este siglo; y lo malo es que lo ha hecho, con buena intención sí, pero con funestos resultados para su desventurada patria.

«Esta cabeza, dice el frenólogo, es grande, extraordinaria, inmensa.»

Pase lo de inmensa como hipérbole de frenólogo. En ella se advierte la *maravillosidad*, la *idealidad*, la *sutilidad*, la *comparatividad* y la *causatividad*.

Pues, amigo, no nos ha hecho flaco servicio con su

maravillosidad, con su *idealidad* y su *sutilidad*! Y si hay en la tal cabeza toda la *razon* que el frenólogo pondera, véase cómo aquí no se cumple aquel refrán de que «un loco hace ciento...»; pero sí hay que convenir en que un hombre tan maravilloso y con tanta *razon* ha hecho millares de locos.

Nos alarma que en la cabeza de Castelar la *concentratividad* no esté en buen estado. ¿Cómo ha sido eso, hombre? ¿No habrá remedio para mejorarle la *concentratividad*? Y esto es más grave, puesto que, según el frenólogo, hay en la cabeza inmensa más *veneracion* de la que conviene. Y mucho más alarmante porque la *Algenitura*, *habilitividad* y *adhesividad* son medianas, y el *cálculo numérico* nulo.

¿Será tan nulo como el de nuestros ministros de Hacienda?

En cambio, el desarrollo del *lenguaje* es extraordinario. Verdaderamente, para saber esto no se necesita ser frenólogo, porque un hombre que lleva más de veinte años hablando por los codos, en toda circunstancia y en todo lugar, en almuerzos y comidas, en balcones y ventanas, en Congresos y teatros, por fuerza tiene desarrollado el *lenguaje* de la más prodigiosa manera que vieron los siglos.

Dice el frenólogo:

«En Castelar domina, en la actualidad, exclusivamente el temperamento bilioso.»

¡Hombre! Es natural; tales disgustos le han dado sus discípulos federales desde que se ha hecho hombre de orden, como se hacen todos los políticos por aquello de *caballeros*, no hay que empujar, en cuanto suben al poder.

No digo yo *bilioso*, achicharrado y endemoniado debe tener el temperamento desde que se ha puesto mal con los socialistas y cantonales, á quienes crió á sus pechos, y luego, dando pruebas de cordura, algo tardía y bastante ineficaz, los cañoneó bravamente, aunque no tanto como ellos necesitaban.

El enemigo más temible de Castelar, si hemos de creer al experto frenólogo, es la *benevolencia*. Vea usted, y yo creía que esta era una gran cualidad. ¡Lo que tiene por entender de frenología, ni siquiera de pirotécnica! Y á renglón seguido nos dice el sábio que con *secretividad* se compensaría el desarrollo de la *benevolencia*; pero no puede compensarse, porque parece que la *secretividad* del grande hombre no es cosa mayor que digamos. Siento este percance; y si hay por ahí algún sugeto á quien le sobre un poco de *secretividad*, suplícole que le haga un donativo de tan importante y necesaria cualidad al gran tribuno, que él le dará en cambio un poco de *maravillosidad* ó de *veneracion*, si quiere, puesto que de estas dos cualidades tiene, á juzgar por el concienzudo exámen del frenólogo, para dar y tomar.

Leemos en el folleto:

«Con Castelar ha estado Dios verdaderamente despilfarrador.»

Esto sí que no lo paso. Llamar á Dios despilfarrador, me parece un poco demasiado fuerte, y ni siquiera á un frenólogo se le puede permitir. Lo que ha estado Dios con Castelar ha sido sumamente misericordioso, permitiéndole que hable tanto. El folleto concluye con una importantísima noticia que nos ha llenado de sombro y ha puesto en el más deplorable estado nuestra *maravillosidad*, que también nosotros, aunque tan imperfectos é insignificantes, tenemos nuestro poquito de *maravillosidad*.

Dice el autor:

«Castelar ha venido al mundo para ser Castelar.»

¡Bueno hubiera sido que hubiese venido para ser la tía Javiera ó el tío Vivo!

Me espanto al considerar qué hubiera sido de nosotros si Castelar hubiese venido al mundo, y luego, en el mundo ya, se hubiese encontrado con que no era Castelar ni por el forro.

A fé que entonces no habríamos podido leer el folleto de *Castelar según la frenología*, porque la frenología no hubiese hecho caso maldito de Castelar si éste no fuera Castelar.

Y para robustecer y confirmar su opinión á fin de que no quede ninguna duda, observa el autor:

«Si hubiera nacido en el rincón más oscuro de la Península, con un apellido humilde y aún degradante, hubiera sido Castelar.»

Pero hombre, ¿no lo había de ser si su padre, que esté en gloria, se llamaba Castelar?

Y crea Vd. que si su padre se hubiera llamado Perez, Castelar, aunque hubiese venido al mundo para ser Castelar, se llamaría Perez y nada más que Perez, bien que sería un Perez de mucho talento.

Concluimos rogando al frenólogo que se digne hacernos conocer los misterios frenológicos de la cabeza de Ruiz Zorrilla, de la de D. Carlos y de la de todos los que de un modo ó de otro han traído á la nación al tristísimo estado en que se encuentra.

Por lo demás, creemos que el folleto frenológico se venderá bien. La gente es muy dada á lo extraor-

dinario y maravilloso, y sobre todo á lo que no entiende.

Perdone el autor; nosotros tenemos la cabeza pequeña, y no nos entra la frenología.

Sírvanos de disculpa la ignorancia.

DE LA IMPROPIEDAD Y DECADENCIA

DE MUCHOS REFRANES ESPAÑOLES.

Todo se transforma ó perece en el mundo. No sólo las obras más sólidas que legraron construir los hombres se destruyen y consumen, sino que perecen los mismos hombres, y se transforman y olvidan los idiomas que sirvieron para comunicarse sus ideas.

Cuando se abre alguno de los Diccionarios españoles y se recorren sus páginas en busca de la mejor, más propia y castiza locución castellana, causa desde luego admiración el gran número de refranes con que se halla enriquecido nuestro idioma. Pero no todos pueden ser hoy entendidos del vulgo, ni muchas frases proverbiales pueden tener aplicación en el habla moderna cual la tuvieron en otros tiempos. La impropiiedad y decadencia de muchos refranes y adagios españoles reconocen indudablemente por origen el olvido del suceso ó acontecimiento que los motivó, y la diversidad de costumbres que trae consigo el movimiento, la variedad y el trascurso de los siglos. Es indudable que el lenguaje castellano recibirá en futuras épocas más ó menos grandes modificaciones, algunas de las cuales pueden ser tan grandes y tan radicales, que hoy no nos es dado ni tan siquiera preveerlas; pero en su situación actual, es decir, en la construcción especial que hoy tiene, ¿cómo es posible, por ejemplo, que digan las gentes: *Cuando fueres por despoblado non fagas desaguisado, porque cuando fueres por poblado irás á lo vezado*? Estas dos palabras, *desaguisado* y *vezado*, anticuadas hace ya siglos para el castizo y puro lenguaje castellano moderno, han de caer cada día más y más en olvido, perdiéndose al fin en la soledad ó rincones de ignoradas aldeas. Otro tanto sucederá con la frase familiar antigua *estar un mal guisado*, por estar disgustado, displicente ó descontento (*fastidio, tedio affici*), cuando hoy tenemos locuciones más propias y más de moda, por lo cual desaparecerá aquella también en breve de los Diccionarios. De igual manera está amenazado el adjetivo *desaguisado*, que significaba antiguamente lo que se hacía contra la ley ó la razón, y tenía además las acepciones de exorbitante y desproporcionado, y de insolente, intrépido, osado, que hoy no se estilán.

Otros refranes y proverbios han de caer precisamente en desuso, no porque ataquen el mérito, la bondad ó virtudes de los hombres y de las cosas de ciertas provincias, sino porque no tienen razón de ser actualmente, ni le tuvieron quizá tampoco la primera vez que se escribieron ó inventaron. ¿Puede hoy acaso decirse con verdad: *Ni hombre cordobés, ni cuchillo pamplonés, ni moza burgalés, ni zapato de baldrés*? La ciudad de Córdoba, cuyos habitantes se honran con el nacimiento en ella de muchos hombres ilustres, no debió verse puesta nunca en ridículo como guarida de pícaros ó perversos, por algún mal intencionado enemigo que inventó el tal refrán. Y lo mismo decimos para las mozas ó doncellas de Burgos, modelo de belleza, de recato y de virtudes como el resto de las mujeres españolas. En cuanto á los cuchillos hechos en Pamplona, serían buenos ó malos, según el artifice que los construyese; y respecto del baldrés, era excusado ponerle como objeto de comparación, pues si en todo tiempo ha sido piel suave y endeble que sirve para guantes, malo debería ser el resultado que diese aplicándola á la construcción de calzado. Autorizar el uso, inventar nuevas sentencias ó adagios de este género, poniendo en pugna los sentimientos de unos pueblos y de unas comarcas contra los defectos ó las virtudes de los de su vecindad, sólo sería digno de la Edad media, cuando allá en el siglo XII escribía un trovador lemosin:

«Me place el noble francés
y la mujer catalana;
el artista genovés
y la córte castellana;
el canto provenzalés
y la danza trevisana;
amo por rostro al inglés,
por mozuolo al de Toscana,
por talle al aragonés,
y por amiga á Juliana.»

Son muchos los refranes castellanos que atribuyen defectos á las personas de unos ú otros pueblos sin hacerse cargo de que las virtudes, como los vicios, no han sido nunca ni podrán ser jamás patrimonio especial de tales ó cuales países. Entre estos adagios se cuenta, por ejemplo, aquel que dice: *El escudero de Guadalajara, de lo que promete á la noche no hay nada á la mañana*; ó bien de este modo: *El hidalgo de Guadalajara lo que pone á la noche no cumple á la mañana*. Estos re-

franes, que pretenden condenar la volubilidad de las personas inconstantes, es excusado decir que hubieran podido tomar indistintamente por tipo al hidalgo y al escudero de Madrid, de Alcalá, de Segovia, de Toledo ó de Ávila, porque es de presumir que en todas las ciudades de España se habrán hallado personas volubles, pero no solo precisamente en Guadalajara.

Otros refranes irán cayendo sucesivamente en olvido y en desuso, porque no encierran la filosofía que á primera vista se les supone, ni sirven para moralizar, sino, muy al contrario, para trocar los más bellos sentimientos en hábitos de holganza y de pereza. A esta clase pertenece, entre otros muchos, aquel que dice: *Quien menos procura alcanza más bien*; aserto que es un solemne disparate, porque si el que necesita del amparo, favor ó influencia de otros, se queda y permanece mudo é impasible en un rincón de su casa, no espere que allí le lleven ni le busquen los imprevistos regalos de la fortuna. Corresponde también á este el tan sabido: *Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te basta*; ó, según otra versión, *poco te vale*; refran que tiene su contrario en este otro: *Más vale saber que haber*; porque indudablemente siempre debe preferirse la ciencia á la riqueza. No puede haber sino en una imaginación pobrísima y de muy pocos alcances el suponer que *valga á alguno la ignorancia*, pues diariamente ponen de manifiesto los vaivenes de la fortuna y la agitación de las sociedades, que aquel que cuenta con más viveza de espíritu, prudencia, valor de ánimo y sagacidad, mejor puede librarse del infortunio y de la miseria que el hombre modesto, vergonzoso y misántropo. No ménos falso é infundado que los anteriores es el otro refran que dice: *Más tiene el rico cuando empobrece que el pobre cuando enriquece*. Pues ¿qué ha de tener el rico cuando penetra en el vasto desierto de la pobreza otra cosa que deudas, persecuciones, hambre, tristezas y desaires? Muy al contrario acontece con el pobre cuando mejora de suerte. Si su miseria ha sido absoluta, sale de mil diversas privaciones, que no todos conocen cuán grandes son; y si no era por completo miserable, ve abiertas las puertas de un porvenir ménos azaroso, más reparador y tranquilo.

Achaque es de refran el ser sentencioso y terminante. *Quien há oficio há beneficio*, dice uno muy en boga en los años de próspera fortuna; pero cuando el tiempo, que tiene tanto de caprichoso como de viejo, esparce sobre la haz de la tierra revoluciones, guerras, desastres y epidemias, ¿de qué le sirven al pintor sus pinceles, ni al sastre sus tijeras? Apodérase el pánico de todos los corazones; suspéndense todos los negocios; abstiéndose de gastar todas las personas; cunde el desaliento y la miseria. De nada sirve entonces el tener un oficio; añadiremos más: de nada sirve tampoco tener un *beneficio*, en la acepción que se da á esta palabra de cargo ú oficio remunerado, y que se ha conferido canónicamente. Porque, dígasenos hoy, ¿qué fundamento tiene otro refran vulgarísimo, que supone creible, como artículo de fe: *En casa del abad comer y llevar*? ¿Cómo puede haber abundancia en casa de los abades y eclesiásticos de más ó ménos categoría en España, con las constantes persecuciones y despojos de que el clero ha sido víctima, casi en toda lo que va de siglo, ya por las guerras, ya por las expropiaciones forzosas, ó por las revoluciones? En cualquier otro país de Europa podrán tener fundamento sólido los refranes que caracterizan el bienestar, la riqueza ó el modo de ser y costumbres de alguna clase de la sociedad; pero en España, en donde reina casi siempre una continuada agitación política, dividida durante todos los tiempos históricos en partidos y bandos que encienden interminables guerras civiles; los ricos y los instruidos de hoy, como descienden de su posición, son necesariamente los mendigos y los ignorantes de mañana. Hé aquí por qué tampoco puede tener aplicación en los tiempos actuales otro refran antiquísimo que dice: *Abeja y oveja y parte en la iglesia desea á su hijo la vieja*; queriendo advertir que la carrera eclesiástica, los colmenares y el ganado lanar proporcionaban muchas comodidades y riquezas. Pues hoy sucede todo lo contrario; las crecidas y siempre en aumento contribuciones, las guerras y la destrucción de templos, dan el más solemne mentís al proverbio de la vieja, arruinándose los ganaderos al par que se mueren de hambre los sacerdotes.

No se crea, sin embargo, que, diferenciándonos de Sancho Panza, que ensartaba los refranes con inaudita profusión, queramos nosotros combatirlos, desprestigiarlos y hacerlos caer en desuso. No, esto sería vana empresa, difícilísima de lograr en un pueblo como el pueblo español, de imaginación viva y poética, tan dado á las hipérboles, á los símiles y comparaciones. Nuestro propósito se limita solo á indicar algunos de aquellos refranes que no pueden ser entendidos del vulgo, por haber caído en olvido el suceso que los originó, ó que no pueden tener ya aplicación por haber variado las costumbres con el transcurso de los siglos. Unos y otros desaparecerán paulatinamente de

nuestro idioma, es decir, de nuestro idioma *hablado*, como desaparecieron en la Edad media refranes, locuciones y giros, de que aún se hallan vestigios en los romances de gesta y en las antiguas crónicas. Los filólogos, los bibliófilos y los arqueólogos, hallarán siempre, andando los tiempos, estos giros, estas frases, estas expresiones proverbiales, en los libros, en los periódicos, en los vocabularios y diccionarios de hoy y de épocas anteriores, que entónces serán antiguos; y sólo los encontrarán en archivos y bibliotecas los eruditos que vivan dentro de cuatro ó seis siglos.

Muchos son, en efecto, los refranes que hoy no tienen exactitud en sus asertos por haber variado las costumbres. ¿Qué diremos del refran que quiere significar que se concurre á un banquete al fin de la comida, exclamando: *Llegar á las aceitunas*? Pues cabalmente hoy, que tanto ha adelatnado el arte culinario, que la comida española ha aceptado, sino todos los guisos y condimentos extranjeros, á lo ménos la manera de colocar con elegancia y atractivo los platos en la mesa, las aceitunas no están relegadas á los postres, sino que aparecen desde el primer momento á la vista de los convidados, con otros manjares más ó ménos ligeros, más ó ménos apetitosos, pero nunca al final del banquete. No es pues cierto que hoy, el refran *Llegar á las aceitunas*, signifique lo que según el Diccionario de la Lengua española ha venido hasta ahora significando.

Otro tanto sucede con la frase familiar *Llegar á los anises*, que significa llegar tarde á algun convite ó función, aludiendo á que los anises se servían siempre al fin de la comida; pero hoy que los anises han quedado relegados poco ménos que á los bateos de aldea; hoy que la inventiva de los fabricantes de dulces ha tomado tanto vuelo que en las capitales y poblaciones importantes se consideran casi como *artistas*, y obtienen condecoraciones de los monarcas, diplomas y medallas de oro y de plata de las Exposiciones industriales más famosas del orbe, los anises, ni se presentan como único postre de una mesa distinguida, ni apenas sirven ya para hacer, como en otros tiempos, las delicias de los muchachos apasionados por la golosina.

Casi por idénticas razones, si bien en otro orden de cosas, se hacen hoy impropios, por anticuados y desconocidos de la generalidad, otros refranes, otros adagios y otras frases proverbiales. *La doncella y el azor, las espaldas hácia el sol*, dice uno de nuestros antiguos proverbios, advirtiéndole que, así como ofende al azor la vista del sol, ofende también á la honestidad de la doncella dejarse ver demasiado. Pues ni estas son hoy las creencias del bello sexo, que gusta de ser visto en todas partes, ni muchos conocen las propiedades del azor como en los siglos medios, en que, no habiéndose inventado aún la pólvora, se cazaban las aves por medio de los halcones y otras aves de rapiña, arte que constituía la cetrería. A la misma época se remonta el refran que dice: *Si tantos halcones la garza combaten, á fé que la maten*, con que se denotaba que si la multitud se conjura contra uno, no hay resistencia que pueda contrarstar.

¿Cómo es posible que hoy comprenda el vulgo el adagio: *Abad y ballestero mal para los moros*, si nó se ha leído y se sabe de antemano que antiguamente los abades eran guerreros, vestían la cota de malla y montaban á caballo, empuñando la ballesta al frente de sus tropas? Solo así podría comprenderse lo que este refran quiere significar, á saber, que si el superior es pendenciero, no les irá bien á los súbditos.

También requieren conocimientos históricos para poderse proferir aquellos que dicen: *De los amores y las cañas, las entradas.—Bonete y almete, hacen casus de copete.—Haber montescos y capeletes.—Quien descubre la alcabala, ese la paga.—Albricias, madre, que pregonan á mi padre.—Echar por las de Pavia.—Esas son entradas de pavana.—Haber la de San Quintín.—No vale un ardite, ó no se me da un ardite.—Hazme la barba, hacerte hé el copete, etc., etc.* Es indudable que para comprender actualmente estos refranes muchas personas, sería preciso que tuviesen antecedentes de la historia, de los trages y costumbres españolas de otros tiempos. Se dirá que hoy se ha generalizado mucho la lectura, que las novelas históricas se han popularizado, que el teatro y los museos arqueológicos ponen de manifiesto los muebles, las armas y los trages que se usaban en otros siglos; pero estos son adelantos de que hasta ahora se ha aprovechado meramente la clase media, y las grandes masas del pueblo, como se ha dado en llamarlas, no alcanzan aún la ilustración general, enciclopédica, que sería de desear. Pues cabalmente entre estas masas, es decir, en el pueblo, entre los obreros y los habitantes de las poblaciones rurales es donde más se usan los adagios y los proverbios. A buen seguro que muchas gentes no saben lo que eran las fiestas de cañas, ni qué quiere decir *almete*, ni *copele*, ni *alcabala*, ni *montescos* y *capeletes* (partidos políticos de Italia en otros siglos), ni la generalidad de las personas saben cuándo y dónde tuvieron lugar las

batallas de Pavia y de San Quintín. El baile llamado *pavana* ya no se bailaba en tiempo de nuestros abuelos; los pregones que precedían á los castigos de los reos ó á los reos mismos, llevándolos montados con un cartel al pecho ó á la espalda, ya no rigen en la legislación moderna; y, por último, al ménos en la actualidad (hasta que nuevamente se cambie la moneda), lo regular sería decir *no se me da un ochavo ó un céntimo*, en vez de *no se me da un ardite*, moneda que ha dejado de existir hace algunos siglos.

(Se continuará.)

FLORENCI G JANER.

UN ARTISTA MENOS.

Apenas pasa día en que no tengamos que hacer cargo de las repetidas y dolorosas pérdidas que de algun tiempo á esta parte las letras y las artes españolas vienen experimentando. A la pérdida de Eduardo Rosales, génio de la moderna pintura, sucedió la muy dolorosa de *Larmig*, el poeta de las mujeres del Evangelio, el cantor de Magdalena, Marta y Berenice. Apenas empezaba á desaparecer la penosa impresión que produjo su trágico fallecimiento, cuando vemos desaparecer de entre nosotros al poeta dramático, que acaso conservaba mejor que todos sus compañeros las tradiciones del teatro antiguo español. Hoy tenemos que señalar otra nueva pérdida; la de D. Bernardo Lopez y Piquer, primer pintor de cámara que fué de la reina doña Isabel II, presidente de la seccion de pintura de la Academia de Nobles Artes de San Fernando, caballero gran cruz de la Orden Americana de Isabel la Católica y comendador de número de la de Carlos III, muerto en Madrid en la tarde del día primero del corriente Agosto.

Aun cuando la figura y representación artística de D. Bernardo Lopez esté más en relacion con la historia que con el brillo del arte, creemos oportuno trazar, siquiera sea en breves líneas, su biografía, consagrando de este modo un tributo de respeto á su memoria.

D. Bernardo Lopez y Piquer nació en Valencia en 1801, y fué discípulo en su principio de su padre don Vicente, y posteriormente de la Academia de San Fernando de Madrid. En 16 de Enero de 1825 fué creado Académico de mérito de la misma; en 4 de Marzo de 1844 le fueron concedidos los honores de Director de sus estudios; en 1849 le abrió sus puertas la Academia de San Carlos de Valencia, y en 1853 fué nombrado pintor de cámara por doña Isabel II de Borbon, discípula suya. Fué regente de los estudios elementales dependientes de la Academia de San Fernando y uno de sus más asiduos profesores.

Aunque el Sr. Lopez ha ejecutado indistintamente todo género de obras pictóricas, su crédito como retratista ha conseguido absorber el que hubieran podido proporcionarle sus demás trabajos.

Entre los numerosos retratos que ha ejecutado, tanto al óleo como al pastel, citaremos los siguientes:

Uno ecuestre de tamaño natural, de *doña Isabel II*, para su madre doña María Cristina de Borbon, á cuya obra dedicó un buen soneto el Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra; variós de *D. Francisco Asis de Borbon*, de cuerpo entero; retrato de *Fernando VII*, de medio cuerpo, para el cuartel de voluntarios realistas; otro del mismo, para la Academia greco-latina; el de don *Francisco de Paula de Borbon*; el de su hijo *D. Enrique María*; el de *doña María Isabel de Borbon*, siendo princesa de Asturias, vestida de maja, regalado al príncipe Adalberto de Baviera; otro de la misma vestida de pasiega; los de las niñas *doña María del Pilar* y *doña María de la Paz Berenguela de Borbon*; el de *doña Cristina*, hija de los señores duques de Montpensier, en traje de pastora de la época de Luis XIV; el de *D. Alfonso de Borbon*, en brazos de su nodriza; los de las diferentes nodrizas de los hijos de doña Isabel II; los de los Sres. *D. Francisco Javier Aspiroz*; *duque de San Carlos*; *conde de Santa Marta é hija*; *D. Jose Arana*; *D. Martin Larios*; dos de los alabarderos que defendieron el palacio en la noche del 7 de Octubre de 1841; *D. Francisco de P. Castro* y *Orozco*; *D. Vicente Lopez*; *D. Ramon María Narvaez* y otros muchos. En todas estas obras, según la opinion de D. Pedro de Madrazo, el Sr. Lopez, fiel á los principios que por herencia y por elección recibió de los modernos prácticos valencianos, protestó contra el estudio de las máximas de los grandes maestros, declarándose independiente en su modo de comprender la forma, y sacrificando el serio dibujo de Van-Dyck, del Veronés y de Velazquez, y viendo todas las vividas refracciones del prisma donde aquellos coloristas solo veían una sola luz reposada y severos tonos, consigue no obstante cautivar la atención de una gran parte del público, y alcanzar como pintor de retratos una reputación muy envidiable.

Entre otras obras suyas, deben citarse uno de los techos de Palacio, que pintó en union de su hermano D. Luis en 1851, en la habitación destinada al sucesor de la corona; un *San Pedro Apóstol*; el *Nacimiento*, trabajado para Palacio en 1860, y numerosas copias.

D. Bernardo Lopez, heredero de su padre D. Vicente en un respetable nombre artístico, siguió la escuela de éste, aunque á bastante distancia. Cierto es que conservó la manera de hacer de su padre, pero no logró igualarle en la invención, ni en la composición, no habiendo llegado tampoco bajo ninguno de estos conceptos á su hermano D. Luis, muerto hace muy pocos años. Sin embargo, los trabajos pictóricos de don Bernardo son agradables y explican el crédito que alcanzó, antes de que se realizase el actual renacimiento. Consagrado á la enseñanza de la niñez, su mejor título estriba en haber dirigido la mano en las salas de principios á toda la juventud artística que hoy es honra de la patria; pero, por desgracia, mucho tiempo hacía ya que privado de la vista, privación que constituye la muerte de un pintor, D. Bernardo Lopez no podía ya dirigir á la juventud en sus primeros pasos en el arte. Así van desapareciendo incesantemente los hom-

